

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Utopías y economía [Utopias and economy]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Galindo Martín, Miguel Ángel; Méndez Picazo, María Teresa
Publisher	Fundación Luis Vives
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-26 09:45:07
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/199897

UTOPIÁS Y ECONOMÍA: LA IMPORTANCIA DEL PROGRESO ARMÓNICO

[Miguel Ángel Galindo Martín](#) . *Universidad de Castilla-La Mancha*

[María Teresa Méndez Picazo](#) . *Universidad Complutense de Madrid*

[Bibliografía](#)

Resumen

Desde la antigüedad se ha defendido la existencia de un mundo armónico, ya que era el que nos conducía a la felicidad. Leibniz y otros pensadores consideraron que estábamos ante el “mejor de los mundos posibles”. En cambio, Spinoza ya advertía que ello solo era posible si se actuaba según la razón, ya que de otra forma podrían producirse perturbaciones que afectasen negativamente a ese orden. Precisamente, algunas utopías señalan los factores que dan lugar a esa perturbación: las desigualdades producidas por el dinero y/o la existencia de propiedad privada, y la introducción de tecnología. El objetivo de este artículo es estudiar cómo se han analizado dichas perturbaciones de índole económica en algunas de las utopías más importantes.

Índice de capítulos

- [INTRODUCCIÓN](#)
- [“EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLE”](#)
- [UTOPIÁS CLÁSICAS](#)
- [UTOPIÁS DEL RENACIMIENTO](#)
- [UTOPIÁS INDUSTRIALES](#)
- [ASPECTOS ECONÓMICOS](#)
- [CONCLUSIÓN](#)

Autor/es

Miguel Ángel Galindo Martín

Universidad de Castilla-La Mancha

Catedrático de Política Económica de la Universidad de Castilla-La Mancha. Ha formado parte del Executive Committee de la International Atlantic Economic Society. Pertenece al consejo editorial y es evaluador de prestigiosas revistas de investigación económica nacionales e internacionales. Ha sido Reserach Fellow de The Atheiam Policy Forum de la Universidad de York (Canadá). Su biografía se recoge en diversas ediciones de “Who’s who in the World” y en el vol. XXIII del “Dictionary of International Biography” del International Biographical Centre de Cambridge.

María Teresa Méndez Picazo

Universidad Complutense de Madrid

Doctora en Ciencias Económicas y Empresariales y Profesor Contratado Doctor del Departamento de Economía Financiera y Contabilidad II de la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado varios artículos relacionados con dichos temas en revistas y libros especializados de ámbito internacional. Es miembro de asociaciones internacionales como la Atlantic Economic Society, la Eastern Economic Association y la Society for the Advancement of Socio-Economic.

Palabras clave

Utopías , Armonía , Leibniz , Adam Smith , Spinoza , Dinero , Tecnología

1 . INTRODUCCIÓN

Uno de los temas que han sido objeto de mayor atención por los pensadores es la felicidad. Desde el punto de vista económico, se trata de uno de los objetivos esenciales, aunque no se reconoce implícitamente, sino que se enmascara con la pretensión de conseguir un mayor crecimiento económico, bienestar, etc.

Desde el punto de vista que aquí nos interesa, ya el filósofo Antifón o Antifonte (480 a. C.- 411 a. C.), matemático, filósofo y orador griego, perteneciente a la escuela sofista, señalaba que la felicidad residía en tener una vida armoniosa (Onfray, 2007, p. 93), defendiendo principios igualitarios y liberales, anteponiendo la naturaleza, que nos proporciona libertad, a las instituciones, que por el contrario establecen restricciones.

Por tanto, la existencia de dicha armonía es lo que genera la felicidad y la paz en la sociedad, por lo que hay que evitar todo aquello que pueda ponerla en peligro. En este sentido, una gran mayoría de los mitos que nos han legado los autores clásicos muestran los castigos que reciben dioses y humanos por llevar a cabo una tarea o comportarse de forma que ponga o pueda poner en peligro la armonía que ellos han establecido. ¿Por qué los dioses castigan a Prometeo de una forma tan terrible, permitiendo que un buitre le coma el hígado y también a Pandora con su caja de desgracias? La respuesta es que Prometeo ha puesto en peligro el orden establecido. Ha creado a los hombres dotándoles de parecido con los dioses y además, según nos cuenta Hesiodo, ha engañado a Zeus, dándole a este los huesos del animal y a los hombres los trozos buenos de carne. Además, por si esto fuera poco, ha proporcionado a los hombres el fuego que había robado a los dioses. Por todo ello, cabe la posibilidad de que los hombres puedan rebelarse en algún momento contra los dioses, ya que son parecidos a ellos y además tienen también su tecnología (el fuego) y podrían pretender ocupar su lugar. Ante esta situación solo cabe castigar de una forma ejemplar al causante de todos estos problemas, Prometeo, lo que sirve además de aviso para todos aquellos que intenten algo similar que ponga en peligro la armonía establecida.

Se pueden encontrar muchos más ejemplos de este tipo, como los castigos que recibe Ulises cuando hace algo que desagrade a los dioses, "la manzana de la discordia", Ícaro cuando se considera superior y vuela muy cerca del Sol, lo que hace que sus alas creadas por el hombre desaparezcan, etc.

Los castigos que se imponen son muy duros, en muchos casos conllevan la muerte del infractor, pero lo que está en juego es muy importante: la armonía del universo. Con ello parece que se pretendía poner de manifiesto dos aspectos que van a ser de gran interés en los planteamientos que se han venido mostrando posteriormente en gran parte de las utopías: por un lado, que las innovaciones (el fuego, las alas creadas por Dédalo, etc.) pueden generar efectos perniciosos, según se empleen, y hay que tratar de evitarlos. Por otro, que las relaciones sociales, y por consiguiente el diseño social, tienen que ser armoniosos, para evitar la generación de problemas, tensiones, etc., que afecten negativamente al progreso de dicha sociedad.

Como tendremos ocasión de comprobar más adelante, los autores utópicos van a concretar en dos los factores que originan esas tensiones sociales. Uno de ellos es la desigualdad existente entre los ciudadanos, siendo el dinero, en la mayoría de los casos, la causa principal de esta

desigualdad. El segundo, que ya ha sido resaltado, es el papel que desempeñan las innovaciones y la tecnología.

El objetivo esencial de este artículo es mostrar los planteamientos recogidos en algunas de las más importantes utopías sobre ambas cuestiones. No es, como veremos, una visión actual, sino que algunos escritos clásicos ya trataban estas cuestiones. Por motivos de espacio no podemos ocuparnos de todas las utopías que hacen referencia a estos temas, por lo que nos hemos centrado en las que son más conocidas y han tenido una mayor difusión.

Para alcanzar nuestro objetivo, vamos a dividir el artículo en los siguientes epígrafes. Tras esta introducción, en el epígrafe 2 expondremos los aspectos relacionados con la idea de armonía. En los siguientes epígrafes nos referiremos a las principales utopías que han considerado los factores de índole económica que han perturbado dicha armonía, partiendo de las clásicas, para seguir con las renacentistas y finalmente con las utopías industriales, dividiéndolas en dos grupos, las denominadas "socialistas" y las que se ocupan esencialmente de los efectos derivados de la introducción de maquinaria. En el apartado 6 expondremos los aspectos de índole económica. En el último epígrafe expondremos las correspondientes conclusiones.

2 . “EL MEJOR DE LOS MUNDOS POSIBLE”

Como hemos indicado anteriormente, los pensadores clásicos nos legaron la idea de que era esencial mantener la armonía, ya que ella nos conduce a la felicidad, por lo que hay que evitar a toda costa cualquier comportamiento que pueda ponerla en peligro o hacerla desaparecer. Los mitos nos proporcionan una gran cantidad de ejemplos de los severos castigos que reciben los que infringen esta norma, llegando incluso a suponer la muerte del infractor.

Ante esta postura se elevaron también voces que consideraban exageradas estas actuaciones por parte de los dioses y que defendían, por el contrario, una mayor actividad por parte de los hombres a la hora de progresar, aunque eso supusiese acercarse peligrosamente a la condición de Dios.

En la introducción hemos hecho mención al mito de Prometeo y a las causas por las que fue castigado. En este sentido, Luciano de Samosata (125-181) en su diálogo cínico titulado Prometeo, hace una defensa de este personaje, señalando que la creación de los hombres sirvió, entre otras cuestiones, para que admirasen lo que habían hecho los dioses, sirviendo el fuego para honrarlos (Luciano de Samosata, 2010, pp. 54-58). Es decir, que las innovaciones que se habían creado no tenían por qué atentar contra la armonía, si no que, por el contrario, mejoraban la situación de todos, ya que los hombres se aprovecharían de ellas, y los dioses se verían honrados por los hombres. Se progresa, por tanto, de una forma armoniosa y se mantiene, por ello, la felicidad.

La idea de la armonía perduró a lo largo del tiempo. Ya no eran los dioses griegos o romanos los que generaban esa armonía, sino el Dios cristiano. En este sentido, el teólogo, obispo y político alejandrino San Atanasio (298-373) señala que no hay desorden en ninguna parte, sino un orden perfectamente armonioso, y que ello solo ha sido posible por la existencia de un único Dios Creador, ya que si hubiese varios, la actuación de unos podría ir en contra de la de otros, dando lugar a la confusión (Godwin, 1992, cap. 8).

Esta idea, que le sirvió a San Atanasio para demostrar el monoteísmo, sería desarrollada por Leibniz. En concreto, desde el punto de vista que nos interesa en nuestro análisis, Leibniz consideraba la existencia de un mundo en el que reinaba la armonía. Como más tarde diría Voltaire en la crítica que formula al planteamiento defendido por este filósofo en su famoso cuento *Candido*, “estamos en el mejor de los mundos”. Dios preestablece una armonía y escoge el mejor de los mundos posibles.

Ahora bien, de una forma casi paralela, Spinoza por otra parte indica que es a través de la razón como se consigue alcanzar el bien, y que cuando esta no se emplea, aparecen los problemas y el mal. En concreto, este autor señala que los hombres están sujetos a pasiones, y que mientras no las dominan, no podrán estar acordes (armoniosos) con la naturaleza. Solo a través de la razón actúan conforme a las reglas y al orden de la naturaleza. (Spinoza, 1677, Parte cuarta, proposiciones, 32-35). Por tanto, existe la posibilidad de que nuestro “mejor mundo posible” se vea perturbado cuando no se emplea la razón, dando lugar a desórdenes que perturben la felicidad.

Pero en el ámbito del pensamiento económico, también se ha defendido esta armonía. Adam Smith, en su *Riqueza de las Naciones* (Smith, 1776) sustituye a Dios como generador de ese mundo ideal y armonioso, por la “mano invisible”, esto es, el comportamiento de los individuos.

Ya no es alguien alejado de la actividad mundana quien organiza el orden, sino que somos nosotros mismos los que lo hacemos. Y además, de una forma muy sencilla, simplemente guiándonos por nuestros instintos y pasiones. Esa "mano invisible" es la que va a permitir alcanzar el equilibrio (¿orden-armonía?) sin que tenga que intervenir nadie más, ni siquiera las instituciones, salvo en casos muy concretos y de una forma muy limitada.

Pero también en este ámbito ha habido críticas. No solo los novelistas victorianos han cuestionado las bondades de una actividad económica como la que se desprende de la obra de Adam Smith y de sus seguidores, sino que también los escritores utópicos han señalado los problemas que se derivan de la creación de una sociedad en la que la ausencia de la razón o el mal uso de ella, por seguir el razonamiento de Spinoza, dan lugar a comportamientos perturbadores que eliminan o reduzcan la armonía, afectando, por tanto, negativamente a la felicidad de la sociedad.

En términos generales, como ya anticipamos en la introducción, esas causas perturbadoras eran básicamente desigualdad y la introducción de innovaciones y avances tecnológicos. A ellos nos vamos a referir en los siguientes apartados. Para ello, en el siguiente nos centraremos en las utopías clásicas.

3 . UTOPIÁS CLÁSICAS

Ya los autores clásicos griegos desarrollaron utopías para plantear algunos de los problemas que se originan como consecuencia de una falta de armonía en la sociedad. Homero en su *Odisea* hace referencia a algunos lugares en los que en función de la utilización que sus habitantes han hecho de sus recursos hay prosperidad o no. Así por ejemplo, cuando Ulises llega a la tierra de los feacios, que según Gelinne (1988, citado en Lens y Campos, 2000, p. 66), es la primera utopía de nuestra tradición literaria y cultural y que, en gran medida, establece lo que sería la pauta de las utopías posteriores, nos describe una isla en la que hay bastantes recursos naturales, con "un bosque vigoroso de alisos, álamos negros y olorosos cipreses. Allí anidaban pájaros de largas alas, búhos, halcones... se extendía una viña lozana que abundaba en racimos... El que entrase en este lugar, aunque fuese un inmortal, se llenaría de admiración y se regocijaría su ánimo" (Homero, V 54-74).

Ulises queda sorprendido por la majestuosidad del palacio del rey, que está decorado con metales preciosos. La descripción que hace el protagonista de la actividad laboral es que los hombres son diestros en navegar y las mujeres en "el arte del telar", de lo que se desprende que estas actividades son la causa de la riqueza que muestra el país de los feacios, a lo que hay que añadir el orden que se intuye en dicho país, que favorece su prosperidad junto con el hecho de disponer de un gran huerto en el que los árboles plantados, gracias al Céfito, esto es, el viento procedente de occidente, permite que siempre haya alimentos, ya que hace crecer unos árboles y madurar otros (Homero, VII, 28-135).

Por tanto, de la descripción que hace Ulises de dicho reino se desprende que, por un lado, la posibilidad de disponer siempre de alimentos gracias a los dones proporcionados por la naturaleza, y por otro, el orden social procedente de un gobernante justo y una laboriosidad adecuada basada en la destreza de los que tienen que llevarla a cabo, lo que parece un precedente a la división del trabajo que defendería siglos más tarde Adam Smith, son las causas que propician la riqueza y el progreso de una sociedad.

Lo que acabamos de indicar es corroborado cuando más adelante se describe el país de los Cíclopes. Como es sabido, los cíclopes eran una raza de gigantes con un solo ojo, y de ellos hubo dos generaciones. La primera eran los descendientes de Urano y Gea, y se caracterizaban por ser grandes constructores y artesanos. Se les llegó a conocer por su fuerza y poder, y especialmente por la fabricación de armas muy bien elaboradas. Entre sus creaciones tenemos el tridente, utilizado por Poseidón, con el que provocaba terremotos; el arco y las flechas de Artemisa; el casco de invisibilidad que utilizaría Perseo para matar a Medusa, que recibió de Hades. Asimismo, fueron los constructores de las murallas y fortificaciones de Micenas y Tirinto. Dicha generación de cíclopes fue exterminada por Apolo como venganza por la muerte de su hijo Asclepio a manos de Zeus.

Posiblemente, el origen de estos seres proceda de los herreros y del hecho de que estos se tapasen un ojo para evitar así perder la vista en ambos como consecuencia de las chispas que generaba su actividad.

De muy diferente carácter es la segunda generación de cíclopes, que es la que nos interesa aquí, y que es la descrita por Homero en la *Odisea*. En este caso, se trata de una primitiva tribu que

habita una remota isla, que en ocasiones suele denominarse Hesperia. Su origen es diverso. Se señala que algunos de ellos proceden de las gotas de sangre que cayeron sobre la tierra (Gea) cuando Urano fue castrado. En cambio, Polifemo, al que se refiere Homero en su obra, era hijo de Poseidón y de la ninfa Toosa.

A diferencia de lo expuesto respecto al reino de los feacios, el mundo de los cíclopes es completamente distinto. Estos seres no construyen barcos para comerciar ni se dedican a cultivar la tierra, que solo es utilizada para que las cabras puedan pastar. "Si hubiesen aplicado a esto (al comercio) su esfuerzo, habrían convertido la isla en un buen asiento para sí; porque su suelo no es malo, y podría producir todo tipo de frutos en las diversas estaciones" (Homero, IX, 105-141).

Así pues, si comparamos las dos utopías que hemos indicado, que aparecen en la *Odisea*, comprobamos que la prosperidad no proviene del hecho de disponer de importantes recursos naturales, ya que ambos lugares disponen de ellos, sino de la buena gestión y utilización de los mismos, de que los habitantes estén dispuestos a trabajar de una forma adecuada. De estas utopías se desprende que una sociedad armoniosa, en la que los gobernantes adopten las medidas adecuadas junto con unos habitantes dispuestos a colaborar desarrollando las tareas necesarias, conducirá a un país próspero y con un desarrollo sostenible a lo largo del tiempo. De lo contrario surgirán problemas y no se alcanzará dicha prosperidad, como ocurre en el caso de los cíclopes, o como siglos más tarde expondrá Julio Verne en algunas de sus novelas, como tendremos ocasión de comprobar.

Ahora bien, hay que añadir que este proceso puede verse dañado por el comportamiento de las distintas clases sociales, que impedirían que se alcanzase dicha prosperidad. ¿Cuál es la causa que da lugar a este efecto negativo? A lo largo de la historia de las utopías, como veremos, se han ido señalando diversas posibilidades. En el caso del mundo clásico, que será también recogido por los pensadores del renacimiento, es la existencia de la propiedad privada. Diversas obras señalan los peligros e inconvenientes derivados de la existencia de dicha propiedad. Así, por ejemplo, Aristóteles en su *Política* (II, 7 1266a p. 98) destaca que según algunos pensadores, es muy importante que el tema de la propiedad "quede bien ordenado, pues es por esto por lo que se producen todas las luchas civiles". Y cita en concreto a Faleas de Calcedón, un utópico racionalista que defendía "que deben ser iguales las propiedades de los ciudadanos".

Ahora bien, Aristóteles señala el problema que se originaría si esta distribución de propiedades igualitaria diese lugar a que los ricos pasasen a ser pobres, ya que ello generaría importantes tensiones sociales. Por otro lado, propugna que se reconozcan los méritos de los que aportan algo beneficioso a la sociedad, cuando observa que es importante dar un especial reconocimiento a aquellas personas que han realizado alguna innovación provechosa para la sociedad. Parece que de esta forma trata de buscar un incentivo o estímulo para introducir dichas innovaciones, que no existiría si hubiese un elevado grado de igualdad.

Esta posibilidad es también tratada por Aristófanes en su comedia *La asamblea de las mujeres*. El comediógrafo vivió en una época en la que los individuos pretendían vivir de los recursos que proporcionaba el estado, lo que conducía a que este tuviese que establecer importantes cargas impositivas para poder llevar a cabo su tarea, lo que conllevaba, como es lógico, un importante

descontento social. Ello da pie a que Aristófanes proponga una sociedad utópica en la que los gobernantes son las mujeres, caracterizada por un elevado grado de socialización de la propiedad y de las actividades a realizar. En dicha comedia, Praxágora, la líder del grupo de mujeres, trata de convencer a los hombres de que se les ceda el gobierno de Atenas, ante la mala gestión que estos han llevado a cabo. Y una de las soluciones que ofrece es la de "hacer común a todos la tierra, y el dinero, y todas las demás propiedades privadas." A lo que añade que todos esos bienes comunes serán administrados con parsimonia (Aristófanes, p. 368). Imponen una idea de igualdad permitiendo que cualquier hombre duerma con cualquier mujer, con la condición de que lo haga con una mujer fea antes de poder hacerlo con una guapa. Gracias a ello se consigue paz social evitando la delincuencia, el fraude, los robos, el juego, etc., ya que al disponer de todo no será necesario tratar de conseguir más a través de métodos ilegales o poco adecuados.

Esta idea de "convertir la ciudad en única vivienda" (Aristófanes, p. 375) como ya hemos indicado, sería también defendida por gran parte de las utopías renacentistas para alcanzar la armonía perdida como consecuencia de la acción de los gobernantes y de la población en general, como expondremos en el siguiente apartado.

4. UTOPIÁS DEL RENACIMIENTO

En esta época, con la expansión del comercio entre las distintas ciudades europeas, algunas de ellas ven aumentar su riqueza y prosperidad. Gracias a ello, los gobernantes pueden conseguir más recursos para financiar sus actividades, destinándolos en muchas ocasiones a financiar guerras que les permitieran incrementar sus dominios y obtener mayor poder.

También parte de los individuos vieron aumentado su patrimonio, lo que les incitó a tratar de escalar puestos en la sociedad y a conseguir mayor fortuna, fama y poder. Ello se lograba en muchas ocasiones a través de actividades poco lícitas que tenían efectos perjudiciales para otras personas, ya sea en términos de pérdida de riqueza, de medios y a veces de la propia vida.

Esta situación fue observada y criticada por algunos pensadores de la época en distintos escritos, siendo quizás el más conocido la *Istorie Fiorentina*, 1520-1525, de Maquiavelo, compuesta por ocho libros, donde al exponer la historia de la ciudad, señala también los factores que propician el declive de las ciudades y de las repúblicas. Entre ellos destaca las rivalidades que hay entre las gentes del pueblo y los nobles, ya que aquellos no suelen estar muy dispuestos a obedecer, mientras que los nobles lo que pretenden es mandar; por otro lado, y junto a lo anterior, resalta la falta de *virtú*, esto es, las cualidades que deben tener los gobernantes para hacer frente a los problemas y obstáculos que surgen; la realización de divisiones dentro de la república que son perjudiciales para su evolución; la existencia de un importante nivel de corrupción y las ansias de poder y de riqueza. En términos generales, Maquiavelo también parece indicar que la falta de armonía es el elemento esencial que da lugar al declive de las ciudades y repúblicas, siendo la falta de *virtú* el detonante que propicia el caos en la sociedad. E indica que esto se produce de una forma cíclica: "la *virtú* produce tranquilidad, la tranquilidad ocio, el ocio desorden y el desorden ruina; y, de la misma manera, de la ruina nace el orden, del orden la *virtú* y, de esta, la gloria y la próspera fortuna" (Maquiavelo, 1520-1525, p. 237).

Así pues, va a ser esa *virtú* la que va a generar el proceso de declive o de auge de la ciudad, por lo que es importante tratar de conseguirla o mantenerla. Pero como indica el propio Maquiavelo, el problema radica en que si no se hace nada que lo evite, por la propia marcha de los acontecimientos se origina desorden, ya que tiene en sí misma la fuente de generación de perturbaciones, tal y como se ha descrito. Por ello, es necesario encontrar un proceso que evite esa dependencia de la *virtú*, con sus efectos negativos.

El propio Maquiavelo propone una solución. Así, en concreto, señala que las ciudades que no están bien organizadas suelen cambiar de gobierno y de estado, alternando servidumbre y desenfreno. Una forma de evitar esto es que surja en la ciudad "un hombre prudente, honrado y poderoso, capaz de imponer leyes que aquieten las pasiones de los nobles y de plebeyos (...) es entonces cuando una ciudad puede decirse libre y ese Estado puede considerarse firme y duradero, ya que, por estar fundado sobre buenas leyes y buena organización, no tiene necesidad de un hombre de *virtú* para mantenerse, a diferencia de lo que les ocurre a otros Estados." (Maquiavelo, 1520-1525, p. 191).

Los escritores utópicos más famosos del renacimiento, Moro y Campanella, propondrían también la existencia de la comunidad de bienes para evitar los problemas que señalaba Maquiavelo. En efecto, Tomás Moro en su *Utopía* (1516) también expone los males que desde su punto de vista aquejan a la sociedad de su época, para después describir el lugar, la isla Utopía, donde aquellos

son evitados, por lo que sus habitantes viven felices gozando de una gran prosperidad. Al igual que en la obra de Maquiavelo a la que nos hemos referido anteriormente y que aparecería prácticamente una década después, Tomás Moro señala que el mal gobierno, la existencia de la propiedad privada y la codicia que suele darse entre los propietarios son los factores que están provocando los problemas existentes en su país.

En concreto, afirma que existe una excesiva población ociosa que se mantiene por si se produce una guerra, que genera tensiones que perturban los momentos de paz que vive el país. Por otro lado, el hecho de vallar las fincas hace que existan menos tierras para los cultivos, y esto, sumado a la codicia que impulsa a aumentar la riqueza, tiene como resultado final un incremento del precio de los alimentos y de las materias primas, lo que hace que las fábricas tengan que cerrar, produciendo así una menor prosperidad en el país. Teniendo en cuenta lo señalado, la solución que plantea Tomás Moro para enfrentarse a estos problemas en Inglaterra es evitar el lujo y el despilfarro, reducir el ocio y potenciar la agricultura.

Ante esta visión de la situación inglesa, la isla que inventa Moro tiene que ser regida de una forma muy distinta. En ella lo que se busca esencialmente es la felicidad de los individuos y evitar todo aquello que pueda destruir la armonía que conduce a la prosperidad. Por ello, al igual que se proponía en los escritos clásicos antes mencionados, la propiedad privada no existe, ya que "dondequiera las posesiones son privadas, donde todos miden todo con el dinero, apenas si es posible obrar justa o provechosamente a nivel de la república, a no ser que opines que se obra justamente cuando todo lo mejor va a parar a los peores, o acertadamente cuando todo está repartido entre muy pocos que, encima, no están bien por completo, mientras que el resto está en la completa miseria" (Moro, 1516, p. 119).

De nuevo van a ser las instituciones las que evitan la proliferación de estos problemas, "que con tan pocas leyes llevan los asuntos tan eficazmente", conduciendo a la sociedad hacia la prosperidad (Moro, 1516, p. 119). Y la forma de conseguirlo es a través de las siguientes actuaciones. En primer lugar, como ya se ha indicado, aboliendo la propiedad privada, ya que para protegerla hay que elaborar un conjunto amplio de disposiciones que no son capaces de delimitar lo que corresponde a cada uno, por lo que al final algunos deciden apropiarse de lo que consideran como suyo. Ello viene demostrado, según Tomás Moro por el gran numero de pleitos que se suelen producir en las sociedades. En este sentido, en Utopía se sortean las casas cada 10 años, lo que obliga a todos los habitantes a cambiar de vivienda después de cada nuevo sorteo.

En segundo lugar, se potencia la agricultura, en la cual están obligados a trabajar todos los habitantes. Lo que se produce se reparte de forma equitativa entre todos, y el excedente les sirve para conseguir a través del comercio aquellos productos que no poseen. Con ello, parece seguir la idea de Sócrates que recoge Diógenes Laercio en sus comentarios sobre filósofos ilustres. En efecto, se dice que Sócrates era parco en su consumo, diciendo a menudo "¡Cuánto hay que yo no necesito!". Proponía que se utilizasen solo aquellos bienes estrictamente necesarios, ya que los demás no traen nada bueno:

"Las alhajas de plata,
de púrpura las ropas,

útiles podrían ser en las tragedias;
pero de nada sirven a la vida”
(Diógenes Laercio, p. 97)

Por otra parte, la jornada laboral es de seis horas y nadie puede estar ocioso. A pesar del escaso número de horas de trabajo, especialmente si se comparan con las que se trabajaba en aquella época y en los primeros momentos de la revolución industrial, Tomás Moro afirma que no hay escasez. Posiblemente ello sea debido a la aplicación de los inventos, que desde su punto de vista tienen que ir destinados esencialmente a mejorar la calidad de vida de los habitantes.

La economía que defiende Moro es de trueque, ya que en Utopía no se emplea el dinero. El oro y plata que pudieran necesitar para alguna eventualidad, como por ejemplo, para prestarlo a otro país o contratar mercenarios en caso de guerra, lo consiguen también a través de comercio. Y para evitar que se produzca la codicia que critica Moro, se considera la posesión de estos metales preciosos como una deshonra, evitando incluso utilizar objetos que estén labrados o fabricados con oro. En esto, Moro parece seguir la idea defendida por Antifón o Antifonte, al que nos hemos referido en la introducción, que considera que el dinero no es lo que consigue la felicidad.

Finalmente, el papel esencial de las instituciones, aparte de elaborar las leyes que permiten alcanzar el orden y armonía necesarios, es el de proporcionar una amplia educación, evitando a través de ella que se deseen aquellos bienes que puedan despertar la indeseada codicia.

En definitiva, la economía que nos propone Tomás Moro es la de un Estado planificador que distribuye los recursos entre los ciudadanos tratando de eliminar la pobreza, proporcionando los bienes que sean necesarios y evitando que se deseen otros que puedan despertar los deseos de adquirir más cantidades de los mismos, lo que daría lugar a que surgiera la codicia y la ambición de los individuos, que cuestionarían los planteamientos y directrices elaboradas por las instituciones.

Un siglo más tarde, Tommaso Campanella expone sus ideas en otra utopía, *La ciudad del sol* (1623) [\[1\]](#), proponiendo al igual que Moro una sociedad libre y próspera, en la que debían imperar la razón y las leyes de la naturaleza. Y la mejor forma para conseguirlo, desde su punto de vista, era a través de una sociedad comunista en la que no existiese ningún tipo de propiedad, evitando incluso los lazos familiares, ya que “toda la propiedad nace de tener casa aparte, e hijos y mujer propia, de donde nace el amor propio; que por colmar de riquezas o de dignidades al hijo o dejarlo heredero, cada quien se vuelve ladrón público (...) o avaro...” (Campanella, 1623, p. 145).

Desde su perspectiva, Campanella considera que es la existencia de propiedad privada lo que provoca el egoísmo humano y conduce a los hombres a luchas y guerras crueles. Así pues, todos los hombres tienen que trabajar y dar los productos que obtengan a los funcionarios, que serán los encargados de distribuir la riqueza generada. Para evitar problemas y llevar a cabo actuaciones justas, siguiendo el ideal platónico, Campanella señala que la sociedad debe estar regida por hombres sabios y sacerdotes.

Al igual que propone Tomas Moro, también aquí se evita la utilización del dinero y se potencia el empleo del trabajo en la agricultura, para conseguir los bienes que satisfagan las necesidades inmediatas.

Ahora bien, Campanella, a diferencia de Moro, expone la controversia que se deriva de la prohibición de la propiedad privada. En efecto, Aristóteles en su *Política*, segundo libro, desarrolla una exposición crítica de las constituciones que se consideraban más perfectas y hace una crítica especial de la postura expuesta por Platón en su *Política*. En lo que aquí nos importa, Aristóteles señala que la comunidad de bienes tiene al menos dos inconvenientes. En primer lugar, "que todos digan lo mismo está bien, pero no es posible y no conduce en absoluto a la concordia" (Aristóteles, Libro II, 1261b, 3, p. 49). Y, en segundo lugar, "lo que es común a un número muy grande de personas obtiene mínimo cuidado. Pues todos se preocupan especialmente de las cosas propias, y menos de las comunes, o solo en la medida en que atañe a cada uno" (Aristóteles, Libro II, 1261b, 4, pp. 49-50).

A esta polémica se refiere Campanella en su obra, señalando que el hecho de no poseer ninguna propiedad hace que los individuos tengan un mayor amor a su patria y que al no tener además ni familia ni parientes, sean más caritativos con todos (Campanella, 1623, p. 146).

En definitiva, las utopías que hemos considerado en este periodo coinciden en señalar las mismas causas de la falta de armonía en las ciudades: la existencia de la propiedad privada y del dinero. Ambos conducen a la codicia y al aumento del egoísmo de los individuos, generando por ello comportamientos a veces no lícitos o que, en la mayoría de las ocasiones, provocan grandes perturbaciones sociales. Así pues, desde su punto de vista, la solución está en eliminar ambos problemas y en que las instituciones fomenten la educación y la formación de los individuos enseñándoles a vivir en una sociedad de trueque y cooperativa.

En términos generales, parece que ambos pensadores transmiten en sus respectivas obras, entre otras cuestiones, los ideales de las novelas de caballería, tan populares en aquella época. Como es sabido, los caballeros buscaban su promoción social a través de las aventuras que vivían; debían ser generosos, fieles con la iglesia, tener un cierto talante ascético, atender al bien común, proteger al desvalido y fomentar la amistad. A través de sus obras y de las relaciones con otros reinos, lo que se podría asemejar a una actividad comercial, obtenían los bienes que necesitaban para sobrevivir. A esto, tanto Moro como Campanella añaden un Estado que trate de suprimir las pasiones para evitar que los individuos se dañen entre sí. Como señala Hirschman (1999, p. 40) esta solución represiva no pudo eludir la aparición de los comportamientos que deseaban evitar y a partir del siglo XVIII se modificaría el planteamiento tratando de aprovechar dichas pasiones en vez de frenarlas. Como veremos en el siguiente apartado, ello no solo condujo a la aparición de nuevas teorías sobre la actividad económica, sino que también propició la aparición de utopías que denunciaban los posibles efectos negativos que se derivaban de dicho comportamiento.

Notas pie de página

Dicha obra fue elaborada por Campanella en 1602 mientras estaba en la cárcel. Se publicó en Francfort en 1623 y la segunda edición en París en 1637.

5 . UTOPIÁS INDUSTRIALES

Como acabamos de indicar, a lo largo del siglo XVIII, existe un cambio sustancial respecto a la forma de considerar los efectos que se derivan de las pasiones de los individuos. Ya en el siglo anterior, se había expuesto la posibilidad de aprovechar dichas pasiones para alcanzar un bienestar común. En este sentido, la aportación más conocida es la que expuso Bernard de Mandeville en su *La fabula de las abejas*, donde como es sabido, afirma que los “vicios privados” conducen a “beneficios públicos”, aunque, como indica Hirschman (1999, p. 42), se centraba básicamente en el “vicio” o “pasión” por los bienes materiales en general y los de lujo en particular.

Pero Mandeville no fue el único que se refirió a este tema. Así por ejemplo, Giambattista Vico afirma que: “De la ferocidad, de la avaricia y de la ambición, que son tres grandes vicios que afectan a todo género humano, (la sociedad) hace la milicia, el comercio y la política, y con ellas la fortaleza, la opulencia y la sabiduría de las republicas; y de estos tres grandes vicios, que ciertamente arruinarían la estirpe humana en la tierra, surge la felicidad civil”. A ello añade algo que viene a corroborar lo que hemos estado señalando sobre la armonía: “Este axioma prueba que la providencia divina existe y que es una mente legisladora la que, de las pasiones de los hombres, encaminadas siempre a la utilidad privada y por la que estos vivían como bestias feroces en la sociedad, ha hecho los órdenes civiles, mediante los cuales viven en sociedad humana” (citado por Hirschman, 1999, p. 41).

Más adelante, Adam Smith (1759 y 1776) daría un paso importantísimo en este ámbito, ya que por un lado, cambiaría la providencia divina citada por Vico por algo más cercano a los hombres, como es la “mano invisible”, que los guiará a la hora de desarrollar su actividad económica de una forma armónica y los conducirá hacia el bienestar social. Y, por otro, realizará una generalización del pensamiento expuesto por Mandeville, al cambiar las palabras “pasión” y “vicio”, por las de “ventaja” e “interés” (Hirschman, 1999, p. 42). Obviamente, Adam Smith incluyó en sus obras otras ideas importantes que servían para explicar el comportamiento económico de las naciones, tales como la división del trabajo, el papel del comercio, etc., que servirían de fundamento para los desarrollos que llevarían a cabo otros economistas.

Así pues, desde el punto de vista teórico se había abonado el camino para explicar y facilitar el progreso y la riqueza de las naciones. Pero hay que destacar también el importante desarrollo que experimentaron los países desde comienzos del siglo XIX.

Hasta más o menos 1750, los pueblos europeos eran esencialmente agrícolas. A pesar de que las mejoras en este ámbito, junto con las experimentadas por la industria artesanal y la organización del comercio, habían permitido desde el siglo XII el crecimiento de la sociedad urbana, durante el siglo XVIII todavía un gran número de personas morían de hambre como consecuencia de las malas cosechas.

A partir de 1750, la situación se va modificando paulatinamente. El Reino Unido experimenta un importante crecimiento económico y de la producción industrial, de tal manera que, durante el período 1750-1850, su economía creció a un ritmo más rápido que en los doscientos años anteriores, y a partir de 1780, el crecimiento se situó entre el 2 y el 3 por ciento anual a lo largo de los cien años siguientes, lo que fue un fenómeno nuevo en la historia mundial. Como se

puede comprobar en los datos recogidos en el cuadro 1, los veinte años que transcurren entre 1760-1780, son aquellos en los que experimenta un menor crecimiento, recuperándose a partir de entonces.

Por su parte, el cuadro 2 nos indica que hasta 1860, el mayor peso de la producción industrial correspondía a los países del Tercer Mundo, que se situaban por encima del 65%. A partir de entonces, la situación cambió y el protagonismo recayó en los países desarrollados, especialmente en el Reino Unido.

Cuadro 1: Estimación de la tasa de crecimiento en Gran Bretaña

	Tasas de crecimiento del producto nacional		Tasas de crecimiento producto nacional per cápita
	Producto nacional (% por año)	Tiempo de duplicación implícito (años)	Producto nacional per cápita (% por año)
1700-1760	0,69	100	0,31
1760-1780	0,70	99	0,01
1780-1801	1,32	53	0,35
1801-1831	1,97	36	0,52

Nota: El producto nacional es el cálculo aproximado de la producción conjunta de la industria y los servicios.

Fuente: Basado en Crafts (1985, p. 45). Cuadro recogido en Christian (2005, p. 493)

Cuadro-2: Potencial industrial mundial (RU en 1900= 100)

	1750	%	1800	%	1830	%	1860	%	1880	%	1900	%
Países desarrollados	34	26,8	47	32,0	73	39,7	143	63,3	253	79,1	481	88,8
Reino Unido	2	1,6	6	4,1	18	9,8	45	19,9	73	22,8	100	18,8
Alemania	4	3,2	5	3,4	7	3,8	11	4,9	27	8,4	71	13,1
Francia	5	3,9	6	4,1	10	5,4	18	8,0	25	7,8	37	6,8
Italia	3	2,4	4	2,7	4	2,2	6	2,7	8	2,5	14	2,6
Rusia/URSS	6	4,7	8	5,4	10	5,4	16	7,1	25	7,8	48	8,9
EE.UU.			1	0,7	5	2,7	16	7,1	47	14,7	128	23,2
Japón	5	3,9	5	3,4	5	2,7	6	2,7	8	2,5	13	2,4
Tercer Mundo	93	73,2	99	67,3	112	60,3	83	36,7	67	20,9	60	11,2
China	42	33,1	49	33,3	55	19,5	44	19,5	40	12,5	34	6,3
India/Pakistan	31	24,4	29	19,7	33	8,4	19	8,4	9	2,8	9	1,7
Mundo	127	100	146	100	185	100	226	100	320	100	541	100

Nota: Las cifras recogen la producción artesanal y manufacturera. Se han redondeado y se basan en medias anuales.

Fuentes: Headrick (1990, p. 58), Bairoch (1982, pp. 292 y 299). El cuadro se recoge en Christian (2005, pp. 488-489)

En una situación de este tipo es lógico que aparecieran nuevas actividades y formas de realizar negocios. Ello tenía que estar fundamentado en alguna doctrina o pauta de comportamiento, en concreto, en el liberalismo imperante en aquellos momentos. Como señala Crossman, el liberalismo inglés victoriano consideraba que el capitalismo era el marco imprescindible dispuesto por Dios para el progreso de la raza humana. El hombre de negocios practicaba el trabajo, el ahorro y la caridad como las bases morales del nuevo capitalismo y alcanzaba su riqueza no siguiendo los preceptos utilitaristas, sino como un sentimiento de deber. (Crossman, 1982, p. 172).

Gran parte de este importante comportamiento de la actividad productiva de los países se debió a los avances tecnológicos que se introdujeron en las empresas, especialmente en el Reino Unido. Y a pesar de los efectos beneficiosos que generó en el ámbito de la producción y de la de poder satisfacer un mayor número de necesidades, hubo también una importante crítica que se produjo esencialmente en el ámbito literario, ya que en las obras de Dickens, Gaskell, etc., se describen ciudades sucias en las que las familias viven en hogares malsanos y en las que hay gran interés por acumular riqueza, en algunos casos de la forma más rápida posible a través de la especulación, a pesar de los efectos negativos que ello podía suponer sobre otros individuos. También en este ámbito se produjo una literatura utópica que denunciaba de nuevo una falta de armonía en la sociedad que se estaba formando y que no se asemejaba a la descripción que hace Crossman, a la que nos acabamos de referir.

Al igual que en el caso de las utopías a las que nos hemos referido en el apartado anterior, surge un conjunto importante de ellas que defiende la abolición de la propiedad privada, que han sido denominadas "utopías socialistas". Pero también surgen otras publicaciones que muestran los

peligros que pueden generar las innovaciones que se están realizando, especialmente por el uso que se pueda hacer de ellas. Estas críticas tendrán su máxima expansión en las utopías que se publicaron a lo largo del siglo XX.

“Utopías socialistas”

La más significativa de las “utopías socialistas” es la escrita por Edward Bellamy, *Looking Backward 2000-1887*, publicada en 1888. Su objetivo esencial es criticar el sistema capitalista existente en la época. Para ello se narra la historia de un americano, Julian West, que tras caer en un sueño hipnótico, despierta en el año 2000, encontrándose con un mundo totalmente desconocido, en el que impera el socialismo. En dicho mundo se han evitado los distintos males que, desde el punto de vista de Bellamy, podrían perjudicar a las sociedades: la bolsa de valores, el uso de las tarjetas de crédito y el empleo de “un ejército industrial”, entre otros.

Otro personaje de la novela, el doctor Leete, se encargará de mostrar a West las ventajas que ofrece esta nueva sociedad: jornada reducida de trabajo, jubilación a los cuarenta y cinco años con suficientes recursos para vivir holgadamente, etc. Llegando a señalar que la nación es el único empleador y capitalista.

En función de lo expuesto, podría considerarse como una obra utópica más cuyo contenido es muy similar a la de Tomás Moro, ya que defiende una sociedad en la que no exista propiedad privada y se proporcione un salario en función de los esfuerzos realizados que permita vivir a los ciudadanos, que tienen una jornada laboral más reducida de la que existía en el momento en que se escribieron los respectivos libros.

Sin embargo, hay diferencias importantes. En primer lugar, Bellamy no nos lleva a una isla o ciudad contemporánea desconocida o ubicada en un lugar remoto. Se trata de un viaje hacia el futuro, en el que la ciudad sigue siendo la misma, Boston, que ha ido evolucionando a lo largo de los años. Pero al igual que hace Moro, compara la situación que presenta la sociedad en la que vive en el momento en que escribe la novela con la que le gustaría que existiese.

En segundo lugar, Bellamy hace hincapié en los aspectos económicos, destacando la forma en la que se ha llevado a cabo la revolución industrial como la causa de los problemas existentes a lo largo del siglo XIX. Desde su punto de vista, la sociedad de dicho siglo tendría que desaparecer esencialmente por dos motivos. Por un lado, los planteamientos teóricos imperantes en aquel momento, junto con la precaria situación en la que vivían los trabajadores en las ciudades más industrializadas parece que no dejaban otra solución. Por otro lado, porque el sistema dominante, el capitalista, permitía acumular riquezas por parte de un determinado grupo y ello se conseguía esencialmente a través de la concentración empresarial. Y uno de los elementos que favorece este proceso es el crédito, que hace que al final se “convierta en un explosivo” que lleva a la ruina de la empresa, porque una vez que se detecta que hay problemas, dicho crédito se retira dando lugar a la crisis (Bellamy, 1888, p. 140). La alternativa por tanto, era que una institución bien organizada evitase este problema, y dicha institución no podía ser otra que el estado.

La visión que expone en este ámbito Bellamy es interesante, en el sentido de que señala una de las cuestiones que se plantean en la actualidad como causa principal de la crisis que padecen

algunas economías: la falta de crédito. En la época de Bellamy ya se había planteado esta cuestión, especialmente por Bagehot, en su *Lombard Street*. En efecto, en dicha obra el periodista Walter Bagehot aboga por un Banco Central que actúe como prestamista en última instancia, de tal manera que no falte liquidez en el sistema. Para ello, los bancos privados tienen que contar también con una reserva suficiente para atender las retiradas y pagos que se les demanden. De esta forma, el sistema mantiene la confianza y a su vez los individuos, especialmente los empresarios, cuentan con los recursos necesarios para llevar a cabo su actividad.

En este sentido, hay que señalar que en algunos países, especialmente en Inglaterra, existía un cierta sensibilidad y preocupación por la posibilidad de que se produjesen indeseables crisis financieras que tenían efectos muy negativos sobre muchas familias que las padecían directamente (paro, miseria...) sin ser ellos los que las habían provocado. Y ello era debido esencialmente a que durante el periodo 1847-1866 se produjeron tres importantes crisis financieras. La primera de ellas se generó en 1847, y fue ocasionada por una buena cosecha que condujo a que las empresas que prestaban en grano incurrieran en grandes pérdidas. En septiembre de ese año, un importante banco de Liverpool quebró, lo que generó graves problemas para los intermediarios de efectos en Londres, dando lugar al correspondiente pánico, que provocó que los banqueros retiraran sus depósitos del Banco de Inglaterra, dejaran de conceder préstamos y aumentaran el tipo de interés.

La segunda se produjo en octubre de 1857, siendo su origen la suspensión de pagos procedentes de Nueva York que afectó en gran medida a los comerciantes y banqueros ingleses que los estaban esperando.

La tercera surgió el 10 de mayo de 1866, como consecuencia de la quiebra de una de las entidades bancarias más importantes de aquella época, el banco Overend and Gurney, que llegó a controlar más de la mitad del negocio del mercado de descuento.

Después de 1866 no se produjo ninguna crisis importante, pero hay que señalar que en 1878, una década antes de la publicación de la novela de Bellamy, se produjo un fallo por parte del City Bank de Glasgow. Más tarde, a finales del siglo XIX, hubo también tensiones debido al fracaso del Barings Bank, uno de los bancos más grandes de Londres, que en 1890 avisó al Banco de Inglaterra de que no podía hacer frente al pago de sus deudas. En este caso, la crisis se pudo evitar gracias a la creación de un fondo de garantía con los bancos londinenses, siendo la deuda asumida por dicho consorcio y abonada en cinco años pagando además un interés.

Ante estas circunstancias y las quiebras que también se producían en grandes empresas debido a movimientos especulativos, era de esperar que algunos pensadores creyeran que el sistema capitalista no se podría seguir manteniendo y que tarde o temprano surgiría una institución más eficiente, desde su punto de vista, que evitaría caer en los mismos errores y alcanzaría y mantendría la armonía social. Y dicha institución no podría ser otra que el Estado y para evitar la tentación de que se pudiesen llegar a repetir las actuaciones que acabamos de señalar, en dicha sociedad no habría dinero ni bancos: "sus funciones son obsoletas en el mundo moderno" (Bellamy, 1888, p. 50).

Pero además, el Estado tenía un papel también esencial en la economía: mantener la demanda y proporcionar empleo. Desde su punto de vista, la mejor forma de evitar sobreproducciones

cuyos efectos negativos al final eran soportados por los trabajadores a costa de perder su empleo, era que hubiese un único organizador que proporcionase a todos los individuos lo que necesitan y de esta forma, al existir la igualdad entre ellos, no desearían bienes de lujo y los excedentes podrían dedicarse a la realización de obras públicas que favoreciesen o que pudiesen ser disfrutadas por todos los habitantes (Bellamy, 1888, pp.142-143).

Finalmente, el doctor Leeds también expone los aspectos negativos que presenta el sistema capitalista de finales del siglo XIX y que se pueden concretar en el hecho de que la industria ha sido dirigida por individuos irresponsables, lo que ha dado lugar a la aparición de cuatro tipos de despilfarro, que serían los siguientes: llevar a cabo actividades equivocadas; malgastar esfuerzos en competir y en llevar a cabo actividades hostiles respecto a otras empresas; la generación de sobreproducciones y crisis, que afectan negativamente al desarrollo y evolución de la industria; y, finalmente, desperdiciar el capital y el trabajo en todo momento (Bellamy, 1888, pp. 135 y ss.).

Obviamente, y en función de lo que hemos expuesto anteriormente, la mejor forma de evitar estos despilfarros y hacer que la industria sea más eficiente es que esta sea dirigida por un único organismo, el Estado.

Ahora bien, hay que señalar que Bellamy, a pesar de defender la inexistencia del dinero y de las instituciones crediticias, no defiende una economía de trueque como hacen otras utopías anteriores. En este caso, anticipándose a lo que va a ser un comportamiento bastante habitual casi tres cuartos de siglo después de la publicación de su obra, el instrumento de pago van a ser las tarjetas.

Cada ciudadano tiene una, y a principios de año se "cargan" con una determinada cantidad de unidades monetarias. Con ello adquieren la parte del producto nacional generado que les corresponde. Y no existe ningún problema añadido a este tipo de operación, ya que Bellamy nos presenta una sociedad autárquica que no necesita los bienes y servicios generados por otras sociedades, por lo que no hay problemas a la hora de realizar pagos al exterior.

En definitiva, nos encontramos ante una sociedad que ha evitado los problemas del sistema capitalista de finales del siglo XIX: ya no hay paro, los medios de pago no escasean, las empresas están dirigidas por una única institución que se preocupa de satisfacer las necesidades de sus ciudadanos..., en la que en definitiva es importante mantener una adecuada, armónica, relación entre los individuos.

La novela de Bellamy causó un gran impacto y tuvo algunos imitadores europeos, que escribieron secuelas de la misma. Pero tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial y comprobar que el sistema capitalista no iba a desaparecer, sino que por el contrario mostraba una gran capacidad de adaptación a las circunstancias y permitió un bienestar inimaginable en aquella época, las utopías se fueron centrando en otro aspecto de gran interés: los efectos que tiene la mecanización sobre los individuos.

El papel de la tecnología

A lo largo del siglo XIX se generó un debate sobre el papel que desempeñaban los empresarios en la sociedad, y si los avances tecnológicos que estaban introduciendo en sus empresas tenían efectos negativos sobre la vida de los trabajadores. Frente a planteamientos positivos como los defendidos por Keynes, que señalaba que el siglo XIX se caracterizaba por haber alcanzado un nivel de empleo satisfactorio gracias "al aumento de la población y a una mayor innovación" (Keynes, 1936, p. 307), otros como Marx y gran parte de los novelistas victorianos pensaban lo contrario. Si Dickens denuncia en su novela *Tiempos Difíciles*, publicada en 1854, la situación que viven los trabajadores en las industrias, Bennet en su novela *Cuento de Viejas* de 1908, describe, como también hicieron otros escritores antes, los aspectos negativos que ha producido la introducción de la maquinaria y las nuevas tecnologías en las ciudades industriales.

Esta polémica también se recoge en las utopías. Así, mientras Morris critica el empleo que se hizo de las máquinas a lo largo del siglo XIX, Julio Verne va a ser más ambiguo a la hora de comentar sus efectos, ya que todo va a depender del uso que se haga de ellas.

William Morris por su parte, en su *News from Nowhere* (1890), al igual que Bellamy, también propone un viaje hacia el futuro, ya que su protagonista William Guest se despierta en 2102. Y el mundo que encuentra se caracteriza por la inexistencia de un sistema político reconocido, haber abolido la propiedad privada y haber eliminado la utilización del dinero, gracias a la revolución obrera que se produjo. El parecido entre esta novela y la de Bellamy, a la que nos acabamos de referir, no es casual, ya que Morris, tras hacer una reseña de la misma, decidió escribir una obra en la que planteaba alternativas a la de Bellamy en los aspectos en los que no estaba de acuerdo.

En términos generales, Morris nos plantea una sociedad muy parecida a un paraíso, en el que se han eliminado todas aquellas circunstancias, las antes citadas, que pueden perturbar la armonía. Ya no existen motivos para tratar de acumular riquezas, ya que todos los individuos son iguales, aspecto que como hemos visto es una constante en la mayoría de las utopías. Además el trabajo no resulta rutinario ni gravoso, sino que por el contrario causa placer, ya que cada uno realiza la tarea que le agrada. En este orden de cosas, Morris añade que no puede considerarse que durante el siglo XIX se hubiese alcanzado progreso, ya que los individuos eran hipócritas, porque mientras afirmaban tener sentimientos humanos, maltrataban a sus semejantes, obligándoles a soportar duros tratos (Morris, 1890, p. 61). Por tanto, al igual que en el caso de Bellamy, la forma de evitar estos problemas sería acceder a una sociedad más igualitaria, donde la propiedad no generase los problemas que le achacan los pensadores socialistas.

Desde el punto de vista de las máquinas, Morris afirma que fueron introducidas en el proceso productivo a lo largo del siglo XIX para ahorrar trabajo y utilizar el que sobraba en producciones inútiles (Morris, 1890, p. 113). Por tanto, desde la perspectiva de Morris, en contraposición a lo habían planteado algunos economistas, la introducción de maquinaria en vez de ahorrar trabajo, hizo justamente lo contrario. La razón esencial de ello fue el comercio internacional. A diferencia de los planteamientos defendidos por Adam Smith y la mayoría de los autores clásicos, según los cuales gracias al comercio internacional se amplían los mercados y surgen más posibilidades para la división del trabajo y de ahí el crecimiento y la prosperidad de la nación, Morris señala

que cuando se necesitaba tener un mercado adicional, lo que se hacía era colonizar otro que hasta entonces no estaba abierto al exterior, mediante la apertura de un mercado por parte de algún "colonizador" enviado por el propio país. Este comportamiento tenía dos consecuencias funestas para el país "colonizado". Por un lado, se aprovechaba la ocasión para utilizar y acaparar sus recursos naturales, y por otro, se destruía su felicidad, al creársele nuevas necesidades que eran satisfechas trabajando más duramente para conseguir los productos que proporcionaba el país civilizado (Morris, 1890, p. 114).

La mayor pericia que se mostró en el siglo XIX fue la de crear máquinas que se utilizaban para fabricar productos inútiles, actividad mediante la cual sus propietarios querían enriquecerse. Esta situación no pudo sostenerse por más tiempo, y condujo a una insurrección general, derrocando el sistema capitalista, dando lugar, como ya hemos dicho, a otro en el que no existe la propiedad privada. En este nuevo sistema, la producción está centrada y dirigida hacia la satisfacción directa de necesidades, por lo que nada de lo que se fabrica resulta inadecuado y nadie está obligado a comprar los bienes (Morris, 1890, p. 116).

Todos trabajan en lo que les gusta y para lo que se sienten más capacitados. De esta forma, se está más dispuesto a realizar los productos de forma más eficiente, evitándose a su vez el problema de la monotonía que haría que los productos elaborados fuesen más perfectos (Morris, 1890, p. 117). Si alguna tarea resulta muy penosa de realizar, entonces se abandona y no se fabrican los correspondientes bienes.

El papel que desempeña la maquinaria es su empleo en aquellas tareas que no se hacen con agrado o para cuya realización nadie está preparado.

Julio Verne por su parte nos ofrece una visión distinta del papel que desempeñan las innovaciones en la sociedad. En términos generales, viene a señalar que es la forma de emplearlas lo que hace que se puedan considerar beneficiosas o perjudiciales.

Ello lo expresa claramente en su novela *Los quinientos millones de la Begún* (1879) en la que se nos cuenta la historia de un médico de provincias, el doctor Sarrasin y un químico alemán, el doctor Schultze, que heredan 500 millones de francos de un pariente lejano que sirvió en el ejército colonial inglés. Cada uno de ellos construye con la mitad de la herencia su propia ciudad modelo. La del doctor Sarrasin se llama Villa Francia, es pacífica e industrial, ha sido construida siguiendo las normas de salubridad, y en ella se busca conseguir la felicidad y el bienestar de sus habitantes. Por el contrario, la ciudad construida por el doctor Schultze, llamada Stahlstad, esto es, ciudad del acero, es una aglomeración de miserables cabañas de obreros, junto con un gran conglomerado de industrias. Su objetivo esencial es construir armas, ya que, como se comprueba en el transcurso de la narración, su verdadero objetivo es destruir Villa Francia.

Esta novela ha sido tradicionalmente considerada como una anticipación de lo que sería más adelante el nazismo. En ella se reflejan algunas de las nuevas ideas que fue adquiriendo Julio Verne tras la guerra franco-alemana de 1870-1871. Los alemanes ya no son tan simpáticos como los reflejó en algunas de las novelas publicadas antes de dicha guerra, y contempla la posibilidad de que surjan científicos locos que utilicen su talento para beneficiarse ellos mismos a costa de perjudicar al resto de la humanidad.

Verne, a través de su novela, nos expone que el empleo de la tecnología es lo que genera efectos beneficiosos o perniciosos sobre la sociedad. Como es obvio, para él la ciudad modelo a imitar es la primera, esto es, Villa Francia, que debe construirse sobre "datos rigurosamente científicos" y que debe mostrarse al "mundo como una enseñanza práctica" (p. 34). Dicha ciudad tiene que fundamentarse en el pleno empleo, una base moral adecuada y una educación que permita conseguir un desarrollo conveniente en el futuro, ya que su creador señala que dicha ciudad se tiene que caracterizar por "encontrar todos empleo para su actividad, aplicación para su inteligencia y a ella traerían esas riquezas morales, más preciosas mil veces que las minas de oro y de brillantes. Tendríamos en ella grandes colegios donde la juventud, educada con arreglo a principios propios para desarrollar y equilibrar todas las facultades físicas, morales e intelectuales, nos prepararía fuertes generaciones para el porvenir" (pp. 34-35). Su gobierno se caracteriza por tener una autoridad central que se encarga de dividir las actividades a realizar por tareas, defendiendo de esta manera la implantación de la división del trabajo en la sociedad. Verne nos cuenta que la ciudad establecida bajo los principios que acabamos de indicar prosperaba y existía en ella un elevado grado de felicidad, y sus instituciones parecían seguir los principios igualitarios defendidos por las utopías más clásicas, ya que beneficiaban a todos y cada uno de los ciudadanos (p. 85). De esta manera nos ofrece una alternativa al tipo de ciudades que habían proliferado a lo largo del siglo XIX, que en muchos casos, debido al proceso de industrialización, se caracterizaban por un ambiente poco sano y un grado de escolarización no muy elevado.

La situación de la ciudad creada por el doctor Schultze es muy distinta. En ella proliferan las armas, al fin y al cabo su objetivo es destruir a Villa Francia. Las innovaciones y la tecnología están destinadas a crear destrucción, lo que conduce entre otras cuestiones a mantener un ejército importante y guardias encargados de vigilar y controlar las actividades. Las tareas que llevan a cabo los trabajadores siguiendo las directrices muy concretas del doctor Schultze, se parecen mucho a las que se consideraban como normales a lo largo del siglo XIX, pero que habían sido cuestionadas por escritores como Dickens y Gaskell, entre otros.

La moraleja que se extrae de la novela de Verne es que una ciudad de este tipo no puede perdurar, y que está abocada a la desaparición. Y esto es lo que sucede al final: el doctor Schultze morirá congelado como consecuencia del estallido de uno de sus propios proyectiles, encerrado en el búnker de su propia ciudad. Al tratarse de un régimen totalitario, y no haber un sustituto que lidere la ciudad tras su muerte, esta deja de funcionar para siempre.

En este sentido, Butler tendría razón al proponer en su *Erewhon* la supresión de las máquinas. En efecto, en los capítulos 23 a 25 de su novela, titulados "El libro de las Máquinas", Butler (1872) propone la supresión de las máquinas de la sociedad, aplicándoles el mismo principio evolutivo que se aplica a los animales. Desde esta perspectiva, en *Erewhon* existe una analogía entre el desarrollo humano y el tecnológico, suponiendo este último un grave peligro para aquel. Estas aportaciones, referidas al papel que puede desempeñar la tecnología en la sociedad, propiciaron la aparición de otras a lo largo del siglo XX que no hacían hincapié en sus efectos sobre el mercado de trabajo, sino en cómo afecta a la estructura de la sociedad y a las relaciones entre los individuos. En términos generales, nos presentan una sociedad gobernada

por una persona o grupo de personas que ofrecen a los ciudadanos los elementos que se consideran necesarios para que estén satisfechos y estos viven bajo unas reglas muy sencillas que deben cumplir para evitar el grave castigo con el que se penaliza el comportamiento no permitido, y en la que las reglas morales no existen, o bien se reducen a seguir pautas hedonistas.

La visión de progreso se centra en atender esas necesidades y en que los individuos no tengan pretensiones de alcanzar otras. Precisamente, los que por alguna razón no están satisfechos con lo que se les proporciona, o echan en falta algo, son los que se dan cuenta del tipo de sociedad en la que viven y tratan de buscar alguna alternativa, algo muy difícil de conseguir ante la situación y el entramado sociopolítico existente. Y el papel esencial que desempeña la tecnología es precisamente proporcionar aquellos elementos necesarios para que se siga manteniendo el hedonismo imperante en la sociedad y que "el mundo siga siendo feliz", parafraseando el título de la novela de Aldous Huxley.

Así, en la distopía de *Yevgeni Zamiatin* titulada *Nosotros* y publicada en 1921, se nos presenta una sociedad futura en la que impera la opresión y la represión. En ella el Estado controla la vida privada y pública de los ciudadanos tratando de evitar la aparición de disidentes. Para ello, entre otras cuestiones, impide cualquier tipo de intimidad con el fin de conseguir una mayor vigilancia y control de los actos que realizan los ciudadanos. En definitiva, lo que nos propone Zamiatin es una sociedad en la que se ha eliminado el yo diluyéndolo en una sociedad, que es precisamente lo que da lugar al título: *Nosotros*.

Esa explotación de una determinada clase sobre otras, es recogida por J. London en su *Talón de Hierro* (1908), en la que un líder obrero, Ernest Everhard, se rebela contra el sistema dictatorial implantado por Talón de Hierro que va generando un clima insostenible que tarde o temprano explotará, aunque esto es solo una sensación que se percibe en la novela, ya que cabe esperar que los monopolios y *lobbys* que se generan acaben con él. Se trata por tanto más de una profecía que de una novela de futuro, en la que parece tratar de mostrar que Marx tenía razón respecto al porvenir que le espera al sistema capitalista.

Se ha señalado que Orwell se basó en esta obra para escribir su novela *1984* (1949) en la que un único individuo, "El Gran Hermano", es el que vigila, gobierna, juzga, establece leyes y normas en la sociedad. Se utiliza la tecnología para poder controlar mejor las actividades, acciones y pensamientos de los individuos, que en este caso, no viven en una sociedad tan feliz como otras expuestas, ya que tienen que soportar la pobreza, aunque el único partido existente les proporciona aquellos bienes que considera necesarios para vivir.

Finalmente, en este grupo hay que añadir la novela de Aldous Huxley, *Un mundo feliz* (1932), en la que parece que se hace mención a la idea de Leibniz, respecto al mejor de los mundos, a la que ya hemos hecho referencia anteriormente [\[1\]](#).

En dicho mundo, los individuos viven mucho más felices que en las novelas anteriores, y en ello la tecnología ha desempeñado un papel muy importante, ya que como había observado Huxley, la revolución industrial nos había proporcionado muchos bienes que hacen nuestra vida mucho más cómoda y satisfactoria: coches, teléfonos..., cuyo precio, además, se había ido reduciendo, lo que permitió que cada vez más personas pudieran acceder a ellos. A esto, Huxley añade en su

novela la posibilidad de que los avances tecnológicos posibilitaran por el lado de la biología la aparición de nuevas razas de personas que tuvieran determinadas sus tareas y posibilidades, por lo que no desearían conseguir aquellos bienes y servicios que su biología no les incitaba a desear. De esta forma, no los demandarían, evitando así el problema de tratar de satisfacer todas las necesidades de forma igualitaria, lo que sería imposible debido a que los recursos disponibles son escasos. Dichas personas serían igualmente felices que los demás, a pesar de no tener a su disposición dichos bienes y servicios, ya que no los desean.

Así pues, desde esta perspectiva nos encontramos con una sociedad hedonista, en la que cada individuo ve satisfechas sus necesidades según las apetencias existentes en la escala de la sociedad que le toca vivir. Para alcanzar esta situación, ha resultado imprescindible eliminar una serie de ámbitos, aspectos y facultades que eran inherentes a las sociedades de los siglos pasados, tales como la familia, la diversidad cultural, el arte, la ciencia, la literatura, la religión y la filosofía.

Pero esta sociedad tiene sus carencias, y al menos dos personajes se dan cuenta de los problemas que existen: Lenina Crowne y Bernard Marx, cuyos nombres hacen alusión tanto al líder comunista Lenin, como a Karl Marx. Pero cambiar la sociedad y su estructura es imposible, ya que si se quiere mantener la felicidad y que sea universal, resulta imprescindible que la sociedad siga siendo manipulada y se evite la expresión emocional. Hay que seguir creando individuos sin sentimientos, cuyas necesidades se vean establecidas de antemano en función de la capacidad de recursos que se tenga para poder atenderlas. Por ello, al final, los disidentes desaparecen de la sociedad, que sigue eliminado sus angustias consumiendo el soma, evitando de esta forma tensiones que limitarían o eliminarían la felicidad imperante en dicha sociedad.

Notas pie de página

1

También parece que el título de la obra de Huxley hace referencia a la Tempestad de William Shakespeare, cuando en el Acto V, Escena Única se dice: "¡Qué maravilla! Cuántas criaturas hermosas hay aquí. ¡Qué bella es la humanidad!. ¡Oh mundo feliz, en el que vive tal tipo de gente!"

6 . ASPECTOS ECONÓMICOS

El planteamiento desarrollado en los apartados anteriores nos muestra la existencia de una importante literatura que refleja la necesidad de armonía en las sociedades para que estas puedan progresar de una forma adecuada sin generar problemas que puedan dañar severamente su evolución.

Desde el punto de vista económico, este planteamiento se ha considerado desde la perspectiva de lo que se denomina "armonía de los intereses". Dicho concepto viene asociado especialmente con F. Bastiat, que considera que en una sociedad se alcanzará una armonía cada vez mayor si todos los hombres tratan de conseguir su propio desarrollo sin que existan restricciones en el uso de sus facultades y disponiendo libremente de los frutos del trabajo que llevan a cabo. Además, ello permitirá que se genere un progreso cada vez mayor (Bastiat, 1850).

En concreto, Bastiat consideraba que cuando las personas buscaban su propio interés no había conflicto de intereses, ya que lo que uno gana no supone una pérdida para otro, produciéndose dicha armonía. Además, los individuos pueden aprovecharse de los efectos beneficiosos derivados de la división del trabajo y del libre cambio, de tal manera que tanto el productor como el consumidor se ven beneficiados por el proceso (Roche, 1993). Solo la actuación de los políticos y del gobierno puede evitar que se produzca dicha armonía. La intervención estatal ejerce una influencia negativa, ya que el estado tendrá que aumentar los impuestos para sufragar el gasto que genera, que además o bien no proporciona nada útil para sociedad, o bien los propios individuos pueden realizarlo por ellos mismos. El único efecto beneficioso derivado de la intervención estatal sería proteger la propiedad privada y penalizar a aquellos que traten de coartar a la sociedad.

Hay que tener en cuenta también que esta "armonía de los intereses" no es equivalente a la idea de equilibrio. Como señala Thornton (2007, p. xiii), "Los teóricos del equilibrio contemplaron la idea de Bastiat de la armonía como una competencia de su propio concepto de equilibrio (...) porque mientras el equilibrio es como mucho una ficción, armonía es una idea precisa de lo que realmente sucede en un mundo de libre mercado. Por lo tanto, el equilibrio puede en algunos casos ser una copia o igual a la armonía, pero también puede aplicarse para fines equivocados y es inaplicable en otros".

Por otro lado, también se ha asemejado a la idea de la "mano invisible" de Adam Smith, ya que a través de ella se señalan las bondades del propio interés para conseguir el bienestar de la sociedad de una forma armoniosa, pero dejando un mayor margen de actuación al sector público que el que propugna Bastiat.

Pero el planteamiento de Bastiat no está exento de problemas. Uno de ellos es si realmente estamos consiguiendo una sociedad armoniosa, o por el contrario las actuaciones que estamos llevando a cabo encierran peligros que no estamos considerando y que van a dar lugar a serios problemas en un futuro. Es decir, si nos encontramos en la misma situación que nos describe Rossini en su ópera *Armida*. Estrenada en 1817, nos cuenta cómo la bruja Armida enamora al caballero Rinaldo, haciéndole abandonar su ejército para vivir en la que ella bautiza como Isla de la Fortuna", donde solo hay armonía, paz y amor gracias a la varita mágica que posee. Rinaldo queda hechizado antes las maravillas que observa y todos viven como canta el coro del final de

acto II. Pero lo que no ve el caballero es que escondidos vive y actúa el ejército de diablos que está a las órdenes de la bruja. Solo gracias a la intervención de dos caballeros que logran romper el hechizo en el que estaba sumido Rinaldo logra escapar del lugar.

En términos generales, de la aportación de Bastiat, y cabría añadir de la de Adam Smith, podemos pensar que para que se pueda producir dicha armonía de intereses, es necesario que se genere una importante expansión de la producción y de la prosperidad. El propio Adam Smith nos proporcionó la receta para ello, la división del trabajo y el libre comercio, y efectivamente se ha producido una importante expansión en un gran número de países. Pero cabe plantearse si no estaremos "hechizados" como le sucedía al caballero Rinaldo, por las maravillas y ventajas que nos proporcionan las actividades comerciales y la tecnología que se han ido desarrollando desde el siglo XVIII hasta nuestros días, que han propiciado un crecimiento económico no alcanzado hasta entonces, con el correspondiente bienestar para los individuos.

Sin entrar en la conocida polémica sobre los fallos del mercado y las bondades de la iniciativa privada, que escapa del objetivo perseguido en este trabajo, hay que tener en cuenta también dos aspectos adicionales. Por un lado, los efectos que se derivan del comportamiento de determinados individuos que pueden intentar sacar provecho de su situación y poder. Este aspecto ya lo consideraba Bastiat, indicando que era importante evitar que unos individuos explíen a los demás, y sobre todo proteger la propiedad privada. Como ya hemos indicado anteriormente, este sería el único cometido que tendría el estado.

Por otro lado, hay que cuestionarse la manera en que se va a conseguir esa mayor producción que, como hemos indicado, es la que nos permite pensar que se alcanza esa armonía de los intereses. Y esta cuestión ha sido objeto de una amplia literatura en la que se exponen los diversos factores que favorecen el crecimiento económico de los países.

En este sentido, hay que reseñar que algunos autores clásicos, por ejemplo Malthus y Ricardo, consideraban que la sociedad podría encontrarse en una situación de estado estacionario, de tal manera que se reduciría el bienestar alcanzado, generando efectos negativos indeseables, cuestionando también la propia bondad del mercado como institución garante de dicha prosperidad y armonía.

Pero esta visión negativa no solo ha sido criticada, sino que ha sido cambiada por otra más positiva. Ello se enmarca dentro la orientación que ha experimentado el diseño de la política económica hacia el objetivo de crecimiento económico, que se ha convertido en el baremo para medir la calidad o bondad de la política económica que se practica, bajo el supuesto de que aquellos países que crecen más lo están haciendo mejor y se convierten en un modelo a imitar, sin considerar si realmente puede hacerse.

Se han venido elaborando diferentes modelos para explicar los factores que afectan al crecimiento económico, incorporando variables tanto cuantitativas como cualitativas según se iba mejorando la información estadística. Se han considerado aspectos relacionados con el medioambiente, el papel de las instituciones, el capital humano, los efectos de la política fiscal, etc., y los resultados obtenidos discrepan según el estudio realizado, mostrando la eficacia o ineficacia de la política fiscal, los efectos de la gobernanza, de la distribución de la renta, etc.

A ello hay que añadir el hecho de que los economistas han acuñado el término "sostenible" para recoger la idea de crecer a lo largo del tiempo sin comprometer los recursos futuros. Pero la aceptación de esta idea no significa necesariamente que tenga que existir armonía en la sociedad, ya que se generan problemas que lo impiden.

A su vez han ido apareciendo corrientes y/o agrupaciones dentro del análisis del crecimiento económico, modelos exógenos, endógenos, *schumpeterianos*, etc., que hacen hincapié en uno o varios aspectos. Así nos encontramos con que en los modelos exógenos el papel del decisor político es muy reducido, mientras que en los endógenos se le concede un mayor margen de maniobra. Por su parte, los de carácter *schumpeteriano* hacen hincapié en las innovaciones y en la "destrucción creativa" que tiene el empresario. Pero ninguno considera los efectos indirectos que se derivan de las conclusiones que se extraen de ellos.

Posiblemente sea Schumpeter quien haga mayor hincapié en los factores no económicos que afectan al crecimiento económico. Si bien el empresario es quien asume un gran protagonismo en el proceso, ya que es el encargado de introducir las innovaciones que le hacen más competitivo y le permiten así posicionarse con mayor fuerza en el mercado, es cierto también que ello se ve potenciado por el clima social e institucional que le anima a llevar a cabo su actividad. Dentro de lo que nos interesa en este artículo, es de especial importancia su concepto de "destrucción creativa" (Schumpeter, 1934, 1939, 1942). Este concepto, que ya fue expuesto por Sombart, supone que los empresarios llevan a cabo una serie de actividades innovadoras que implican la aparición de nuevos productos y procesos que destruyen los procesos viejos. Así pues, en este proceso darwinista en el que desaparecen las empresas que siguen procesos rutinarios y no novedosos, el empresario desempeña un papel esencial.

La cuestión que aquí se plantea es que este proceso puede suponer la desaparición de muchas pequeñas empresas que van a ser reemplazadas por otras más grandes, lo que podría conducirnos hacia monopolios u oligopolios, con los efectos perniciosos que ello supone para el consumidor y para el proceso de fijación de precios. Además cabría plantearse si se va a ganar en eficiencia por el hecho de conseguir empresas más grandes, esto es, si "lo grande" permite una mejor armonía que "lo pequeño".

En este sentido, Kohr (2001) y sus seguidores señalan que la historia nos ha enseñado que las personas que viven en estados más pequeños son más felices, más creativas y, en definitiva, más prósperas. Así pues, desde su perspectiva, gran parte de los problemas que padecen las sociedades se solucionarían si los estados se disolviesen convirtiéndose en naciones más pequeñas. Por tanto, cabría considerar este mismo planteamiento para el caso de las empresas. Habría que tener en cuenta también otros aspectos adicionales en este ámbito. En primer lugar, los efectos que se derivan de la utilización de una tecnología cada vez más novedosa, que supone cambios importantes en las relaciones y comportamientos de los individuos. En segundo lugar, la utilización cada vez mayor de los recursos naturales y los efectos medioambientales que se derivan de los procesos productivos y del consumismo que existe en la mayoría de las economías desarrolladas^[1]. Estos temas son tratados en algunas de las utopías que se han ido publicando desde el siglo XIX.

Por otro lado, hay que tener en cuenta también que las circunstancias por las que atraviesa la economía pueden afectar a la forma de potenciar el crecimiento económico. En etapas de crisis los decisores políticos intentan salir de la situación de la forma más rápida posible sin tener en cuenta los problemas que se pueden generar en el futuro. El desempleo provocado por dicha circunstancia obliga a adoptar medidas pensando más en el presente que en el futuro, considerando que ya habrá una oportunidad más adelante para enderezar la situación, aunque dicha oportunidad normalmente no se aproveche.

Ante todos estos problemas, los defensores del liberalismo seguramente afirmarían que el propio mercado, la mano invisible..., serían suficientes para evitarlos, y que la confluencia de intereses de los distintos agentes económicos conduciría a la deseada armonía y a una sociedad más próspera, ya que no existen, o no son tan importantes, los fallos del mercado que señalan los autores más intervencionistas.

Como ya hemos indicado anteriormente, no es nuestro propósito entrar en el debate sobre si es bueno o no el estado del bienestar y sus efectos sobre la actividad privada. Pero antes de acabar creemos conveniente referirnos, aunque sea brevemente, a lo que se ha denominado la economía de la felicidad. Desde esta perspectiva lo que se plantea es cambiar la visión tradicional convirtiendo los objetivos en instrumentos, incluyendo a su vez elementos de carácter cualitativo que no suelen contemplarse en los estudios realizados. Así pues, desde esta perspectiva, el crecimiento económico pasaría a ser un instrumento y no un fin, incluyendo en los factores que inciden sobre él los aspectos éticos, ya que no es suficiente que la economía crezca a una determinada tasa, sino que debe hacerlo fomentando, entre otras cosas, la felicidad. Debido a ello, hay que tener en cuenta los efectos que generan los factores que tradicionalmente se han venido considerando, esto es, si el capital físico, la tecnología, etc., son contaminantes, si mejoran la calidad de vida..., así como si los comportamientos consumistas de los agentes económicos conducen o no a un materialismo indeseable.

Ahora bien, el problema que se presenta en este punto es delimitar lo que se entiende por felicidad^[2]. El problema en este ámbito es el que ya señalaba Séneca cuando afirmaba que “Todos los hombres..., quieren vivir felices; pero al ir a descubrir lo que hace feliz la vida, van a tientas; y no es fácil conseguir la felicidad en la vida, ya que se aleja uno tanto más de ella cuanto más afanosamente la busque...” (Séneca, 2006, 41-42). En esa búsqueda de la felicidad se han planteado diferentes posibilidades que pasan por el hedonismo, el utilitarismo, etc. Pero al final lo importante en este ámbito, lo que se está defendiendo, es la necesidad de conseguir un progreso armónico, siguiendo el planteamiento de Aristóteles que señala que la vida feliz es producto de la virtud, siendo esta la que permite el desarrollo más completo de la naturaleza humana.

Notas pie de página

¹

Un ejemplo de estos peligros y del debate que supone la implantación de nuevas tecnologías se encuentra en la novela de H. G. Wells, *The Food of the Gods*(1904)

Este análisis escapa del objetivo de este trabajo. Los interesados en el tema pueden consultar los trabajos, entre otros, de Easterlin (1974, 2005), Oswald (1997), Almeder (2000), Frey y Stutzer (2001), Hagerty y Veenhoven. (2003), Bruni (2006), Bruni y Porta (2007), Stevenson y Wolfers (2008), Frey, Stutzer y Benz (2008) y Van Praag y Ferrer-i-Carbonell (2008).

7 . CONCLUSIÓN

A lo largo de los apartados anteriores, hemos expuesto que las utopías han mostrado aquellos aspectos económicos que ponen en peligro la armonía, pudiendo generar por ello un desorden indeseable que supone una pérdida importante de felicidad.

En términos generales, las causas que dan lugar a este aspecto negativo son dos. Por un lado, la existencia de desigualdades, que vienen provocadas por el dinero y/o la existencia de propiedad privada. Es por ello, que en la mayoría de los casos se defiende una sociedad socialista. Y, por otro lado, la introducción de los avances tecnológicos. En este último caso, ya no suele haber tanto consenso, puesto que según como se empleen dichas innovaciones, se pueden generar efectos positivos sobre la sociedad, pudiendo progresar de una forma armónica, que es lo deseable. El problema, como se señala en las utopías más recientes, es que se puede perder la libertad, ya que a través de las innovaciones se podrían manipular nuestros sentimientos y emociones, y alcanzar un mundo ficticiamente feliz, que seguirá siéndolo mientras que no nos demos cuenta de que hay alternativas al mismo, basadas en un mayor margen de maniobra, de libertad, para los individuos.